

Alejandro Solomianski. *Identidades Secretas: la negritud argentina*. Rosario: Beatriz Viterbo, 2003. 288 pp., bibliografía.

Este libro abre una nueva dimensión en los estudios de la cultura argentina. Desde una perspectiva subalternista se propone desentrañar o develar una identidad o subjetividad constitutiva de la argentinidad que ha permanecido oculta, subsumida, secreta: la negritud.

Su objeto de estudio es contradictorio y polivalente. Se conforma de enunciaciones que abarcan un amplio espectro de posicionamientos—desde el racismo más abierto hasta la defensa de la igualdad racial. La “negritud argentina” es el costado oculto del discurso hegemónico de la “blanquedad argentina,” su parte negada o menospreciada. Se trata, entonces, de un resultado híbrido, una estratigrafía discursiva a la que contribuyeron gauchipolíticos, románticos, liberales, radicales, folkloristas y nacionalistas. Al abordar la relación entre raza y nación, examinando en particular las resonancias específicas de la negritud, Solomianski pone en cuestión un tema central a los estudios culturales y subalternos.

El libro presenta una constelación de momentos, ordenados cronológicamente, en los cuales se superponen comentarios y análisis sobre textos que reflexionan (positiva o negativamente) sobre la herencia negra en la conformación nacional. La intención del autor es crítica: desnaturalizar la construcción densa de que la Argentina fue y será un país blanco. Apelando a un corpus muy significativo de materiales donde una y otra vez aparece la cuestión de la negritud, Solomianski logra efectivamente dismantelar el discurso hegemónico de la “blanquedad”. Pero como la negritud atrae un conjunto amplio de expresiones muy diversas, no queda claro si el discurso de la negritud admite un centro, si dentro de este conjunto de positivities existe un

núcleo de motivos y metáforas recurrentes.

No es éste un libro de crítica literaria en el sentido tradicional. Porque no es la intención del autor rescatar una literatura alternativa (afro-argentina) y posicionarla al nivel de la literatura canónica. Hay aquí y allá quejas acerca del olvido de tal o cual autor y juicios acerca de la belleza estética o la intensidad emotiva de ciertos textos. Pero la literatura afro-argentina no ocupa el centro de la escena. Para Solomianski, la “literatura” no resuelve la cuestión del silencio de la negritud argentina. Los registros escritos no pueden dar cuenta del objeto a desentrañar y, por ello, es necesario buscar la negritud en representaciones visuales y orales. La búsqueda constante de rastros de negritud en registros y manifestaciones más cercanos a la oralidad y a la experiencia caracteriza la estrategia hermenéutica de *Identidades secretas*. Solomianski sugiere que, además de contribuir al territorio de la cultura letrada (muchas veces en forma de negatividad), la “negritud” marcó profundamente el espacio de la cultura popular, en expresiones como la payada, el tango, la poesía gauchesca y el cine. Para revelar la negritud, las pinturas de Figari y el cine de Ferreyra resultan tan relevantes como las novelas románticas o los poemas gauchescos.

Uno de los grandes méritos de este trabajo es hacer visibles textos y enunciaciones (algunos de ellos contenidos en piezas de teatro, letras de tango, o comentarios de periódicos) que aluden a esta identidad devenida secreta, la negritud. Aunque el lector se separe a veces de los comentarios y especulaciones del autor, al final de la lectura resulta ineludible aceptar que la negritud tuvo una presencia densa en la cultura argentina, desde la independencia hasta mediados del siglo XX. En este sentido, el libro funciona como un archivo—un archivo de textos subsumidos y relegados sobre la cuestión negra en la Argentina. Aquí pueden leerse el “himno a

Manuelita" cantado por las negras Conga, los poemas de Joaquín Lenzina popularizando el proyecto político de Artigas, artículos de los periódicos afro-argentinos "La Broma" o "La Juventud" sobre cuestiones sociales y políticas, o poesías inéditas de Horacio Mendizábal.

El propósito de develar y rescatar a autores afro-argentinos se encuentra mejor logrado en el capítulo 7, en el que se examinan las contribuciones de periodistas, poetas y payadores de ese origen. Poco hay en común entre los enunciados del payador Gabino Ezeiza, el autor Jorge Ford, o los artículos del periódico "La Broma." Este último tiene una posición claramente probrera y anti-oligárquica, mientras que Ford, autor de "Beneméritos de mi estirpe" (1899), expresa una postura liberal, anti-rosista, que termina apoyando la guerra del Paraguay. El payador Ezeiza, por otra parte, parece compartir algunos de los supuestos de Hernández en un momento en el radicalismo llama al pueblo a luchar contra la oligarquía y el fraude electoral.

La negritud aparece aquí en múltiples y contradictorios registros: como el reverso de la libertad blanca (la persistencia de la esclavitud por otros medios); como un sacrificio o entrega a la patria que constantemente se desconoce; como parte de algo mayor, la cultura popular, en la que se reivindican saberes y formas de comunidad alternativos a lo "euro-argentino". Es que, como autores, los afro-argentinos no pueden escapar las limitaciones de ciertas corrientes estéticas y de ciertos posicionamientos políticos. Hay afro-argentinos románticos, otros son socialistas y otros popular-gauchescos. Unos cantan loas a la libertad mientras critican la tiranía teocrática, otros reniegan de la civilización capitalista, mientras que otros parodian al progreso desde una posición campesina u orillera.

¿Qué tienen en común estas distintas enunciaciones? Solo el hecho de que fueron enunciadas desde

"posiciones de riesgo". Es decir, contribuyeron a problematizar el discurso hegemónico de la nación liberal blanca, en momentos en que se daba por descontado la desaparición del elemento afro-argentino. Es la tensión que hay hacia fines del siglo XIX entre una nación claramente imaginada como europea y la presencia de voces que exaltan la negritud como formadora de la nación lo que otorga importancia a estos textos y enunciaciones. En un momento formativo de la nación-estado, estas voces afro-argentinas expresan una "conciencia clara" acerca de la desigualdad y la injusticia; denuncian las fisuras de los discursos hegemónicos del progreso, la civilización y el europeísmo.

Aparte de estos aportes textuales, *Identidades secretas* propone un recorrido por obras canónicas de la literatura argentina, buscando los rastros de una larga discusión acerca de la negritud en la cultura argentina. Algunos de estos textos ("Amalia", "Facundo", "El Matadero") colocan lo afro-argentino fuera del territorio de la patria, la libertad y la civilización. Otros, por el contrario, ("Martín Fierro" por ejemplo) presentan a los morenos como portadores de voces igualitarias que anuncian la posibilidad de una república alternativa. Por momentos, el lector sentirá que la dicotomía marcada por Shumway entre ficciones nacional-populistas y ficciones liberal-europeístas se repite en el campo de la cuestión racial. Los primeros anuncian una república de iguales, donde no hay distinción de razas, mientras que los segundos reproducen el discurso racista que naturaliza el dominio de blanco sobre negro. Además de afirmar la importancia de la cuestión racial en los textos fundadores de la "argentinidad", el viaje literario que Solomianski nos propone sirve para diferenciar la posición del autor frente a otros críticos. El autor critica a Sommer por ver en Mármol un proto-feminismo inexistente, castiga a Shumway por su alabanza del progreso y su olvido

del colonialismo, y simpatiza con Vidal en su afirmación de que "Amalia" fija la óptica desde la que se concibe la lucha anti-rosista. Curiosamente, en la lectura de Solomianski, Borges aparece "corrigiendo" (en un sentido de mayor justicia racial) la payada en la que Hernández hace que Fierro ponga fin a la vida y la voz del Moreno.

Es en los textos de Mármol y de Sarmiento donde Solomianski encuentra argumentos más contundentes para su noción del borramiento de la negritud. Mármol calculadamente omite algunos hechos históricos en los que los morenos tuvieron protagonismo. Su visión aristocrática de la riqueza, al borrar el mundo del trabajo, elimina de la escena a la población negra trabajadora. Solamente quedan las morenas que, en su papel de delatoras, son parte del engranaje de la política rosista. Sarmiento, por su parte, se alegra de que las guerras civiles hayan aniquilado las poblaciones africanas. Resuelve el problema de la posible integración política de los afro-argentinos por medio de un silenciamiento o borramiento textual. Mitre, el otro pilar del liberalismo decimonónico, aparece en la lectura de Solomianski, como un "poeta secesionista", bregando por la libertad de Buenos Aires a costa de la voluntad de los habitantes de la campaña, muchos de los cuales son mestizos o mulatos. En su historia de Belgrano, Mitre había tipificado ya el papel del soldado negro: Falucho representa a un patriota que sacrifica su vida (metafóricamente, la preservación de su "raza") por la continuidad de la nación.

En distintos momentos históricos, la negritud da cabida a diferentes debates sobre la nación y sus identidades constitutivas. Durante las invasiones inglesas y las guerras de la independencia (capítulo 4), la negritud aparece en representaciones que afirman la contribución de los negros y mulatos en las luchas por la libertad. Cobran importancia aquí la poesía política de

Joaquín Lenzina, traduciendo para los seguidores de Artigas la lógica política y la teoría de gobierno que supone el republicanismo. Los textos sobre el rosismo (capítulo 5) muestran la importancia de la comunidad afro-argentina en la constitución y continuidad del régimen. Textos aparentemente escritos por afro-argentinos, como el "himno a Manuelita" o el poema "La Negrita", ponen en evidencia la negritud como una identidad desafiante que se afirma en el territorio discursivo de "la Patria". A partir de un pacto de defensa/protección con Rosas y su hija, que se actualiza en bailes y ceremonias, morenos y morenas aseguran su lugar en la "patria federal". A la luz de estos textos, es posible reinterpretar las proposiciones de J.M. Ramos Mejía sobre la eficacia y popularidad del rosismo y también mirar más de cerca la cuestión racial en *El Matadero*. El matadero (lugar literario, social y político) aparece así, como un infierno donde los negros —confundidos en su animalidad con otras bestias— dan rienda suelta a toda una violencia política y de clase. La denuncia del *Facundo* —la negritud es un implante extranjero que contribuye a sostener un gobierno tiránico— se combina así con la "animalización" propuesta por Echeverría y por Ramos Mejía.

La cuestión de la negritud encapsula visiones antagónicas acerca de la nación y sus ciudadanos. En una de estas visiones, los afro-argentinos están dentro; en la otra, están afuera. Para Solomianski, el borramiento de los símbolos del poder rosista (la destrucción del palacio de Palermo, por ejemplo) contribuyó al borramiento de la negritud. De allí la constante ambivalencia: recuperar las memorias de la "tiranía", aunque útil para la pedagogía de la libertad, significaba devolver protagonismo a una comunidad que los liberales habían tenido por "cómplices" del odiado régimen. Durante las luchas por la consolidación nacional dos obras, "Amalia" y "Martín Fierro", compiten por re-

presentar visiones muy diferentes de la nación argentina. En una de ellas, los afro-argentinos son parte de la anti-patria, pura carnalidad y animalidad al servicio de la "tiranía". En la otra, los morenos son figuras centrales del discurso sobre la igualdad social: ellos poseen virtud y sabiduría, y como individuos de razón expresan reclamos legítimos a ser parte de la patria y gozar de la ciudadanía.

Identidades secretas es una valiosa contribución a los estudios de la cultura argentina desde una perspectiva subalterna. Al poner de relieve la importancia de la cuestión racial en la conformación de la argentinidad, el libro abre un debate largamente postergado en la historiografía y la crítica argentinas. Creo, sin embargo, que el papel de la negritud debería examinarse en relación a un constructo mucho más duradero y recurrente: la cuestión del mestizaje. Solomianski alude brevemente al tema al reconocer que hubo "otros negros" (los migrantes internos) que también impactaron la conformación de la cultura argentina. Pero su libro reduce la cuestión de raza a la negritud. Al presentar como análogas las situaciones de mestizos y morenos africanos —y de hecho confundir en muchos pasajes la negritud en "lo popular"— Solomianski resta especificidad a la cuestión de la herencia afro-argentina.

Los capítulos menos logrados del libro son, paradójicamente, los primeros. Es aquí donde las denuncias, los rescates y las irrelevancias toman precedente sobre el pensamiento crítico. En la introducción el autor ata de una manera artificiosa la cuestión de la negritud con la conquista y colonización de América. La colonización del imaginario, los "dos genocidios", 1492 como el origen de identidades subalternizadas, Todorov y Las Casas. Todo se relaciona, pero a su vez, nada parece estar firmemente contextualizado. El capítulo 1 presenta la perspectiva: alivianar el peso de la cultura letrada, desentrañar lo subal-

ternizado, leer en reverso los discursos del poder. Aunque comparto esta perspectiva y estas preocupaciones, no dejan de sorprenderme los objetivos esencialistas de descubrir la "verdadera identidad argentina" o reposicionar la negritud en el centro de las "tradiciones culturales argentinas".

En el capítulo 2, el autor discute los términos "raza", "blanquedad" y "negritud". Solomianski recoge cabos sueltos (conceptos, frases, posiciones) y los anuda de una manera poco prolija. Sigue a Henry L. Gates en su noción de que las razas son una ficción que no se corresponde con ninguna realidad biológica. Comenta una crítica de Charles W. Mills sobre Kant: el padre de la teoría moral moderna es también el padre del concepto de raza. Rescata el discurso anti-racista de José Martí y se solidariza con la afirmación de León Rozitchner sobre la condición judía. Valora el libro de Marvin Lewis ("The Afro-Argentine Discourse") como el primer estudio de la literatura de afro-argentinos, pero critica su postura pan-africanista, no demasiado atenta a las peculiaridades rioplatenses. Moralizando siempre, el autor distingue aquellos autores "bien intencionados" (como Vasconcelos y Rojas) de aquellos otros que abrazan, casi sin condicionamientos, la tesis de la superioridad blanca (Ingenieros, lo mismo que los autores del libro "The Bell Curve").

Si la "raza" es una ficción, ¿entonces que es la "negritud"? Según Solomianski se trata de una relación de subalterinidad construida a partir de la separación de dos universos: uno, el afro-argentino, segregado, marginado y silenciado; otro, el euro-argentino, que se presenta como portador de la verdadera identidad nacional. La "negritud argentina" es entonces un opuesto, casi una imposibilidad, la cara negada de la "blanquedad", el discurso europeizante de civilización y progreso que presenta a Argentina como una nación blanca. Pero una vez enunciada, o mejor dicho, develada,

la "negritud argentina" se presenta como un espacio o formación discursiva de múltiples tonalidades y sentidos. Es patriotismo, lealtad a Rosas, pasión por el baile, belleza, sensualidad, violencia, serenidad, pobreza, sabiduría, virtud ciudadana, etc. Es decir, una totalidad tan compleja como la "argentinidad"—un espacio de contención más que una caracterización de identidades.

¿Qué distingue a la "negritud argentina" de las negritudes de otras latitudes? Aunque el autor hace un esfuerzo de relacionar su trabajo con la problemática más general de la raza, estas comparaciones resultan dificultosas, debido a la propia polivalencia de la "negritud" en Argentina. Solomianski reconoce que la "negritud argentina" es diferente, no comparte la carga emocional y psíquica de los textos de Fanon y de Du Bois. En parte, porque no hay en la Argentina moderna una demarcación tan clara del "color line" blanco-negro. En parte, porque la herencia del colonialismo no ha calado tan hondo como en África. No hay un problema de máscaras que encubren una determinada identidad racial. Existe más bien un vacío o silencio en la experiencia cultural e histórica que se hace necesario obtener. Este silencio aparece más saliente en momentos en que la inmigración europea amenaza con hacer desaparecer la herencia y presencia afro-argentina. Aún así, permanece sin respuesta la pregunta: ¿Qué hay de específico en la "negritud argentina" que la separe de las otras ramas de la diáspora africana?

Mucho más podría decirse de este libro pionero. El lector encontrará aquí reflexiones sobre los tangos de Manzi, sobre el cine de Leopoldo Torre Nilson y de María Luisa Bemberg, sobre las milongas que escribió Borges. Posiblemente, estos momentos de análisis estimularán nuevas lecturas y búsquedas para seguir desentrañando ésta y otras identidades subalternas. Algunos poemas, citas y otros textos que presenta Solomianski servirán co-

mo base para re-comenzar a pensar, desde perspectivas menos elitistas, el problema de la raza en la historia y la cultura argentinas. La importancia de problemática examinada por el autor es indudable: la "negritud argentina" ha sido negada por demasiado tiempo. Este libro contribuye un valioso aporte a la tarea colectiva de reposicionar la experiencia afro-argentina en la historia, literatura, y cultura argentinas. Su lectura es altamente recomendada para quienes se interesen en indagar la intersección entre raza y nación en Argentina.

Ricardo D. Salvatore
Universidad Torcuato Di Tella

Araceli Tinajero. *Orientalismo en el modernismo hispanoamericano*. West Lafayette, Indiana: Purdue University Press, 2003.

Desde que Ángel Rama publicó su conocido *Rubén Darío y el modernismo: circunstancia socioeconómica de un arte americano* en 1970, la revisión sistemática del modernismo hispanoamericano ha continuado de manera sostenida, aunque intermitente. Los últimos quince o veinte años han resultado particularmente fructíferos al aparecer estudios que justifican una radical revaloración de aquél. En su conjunto, confirman el hecho de que, por décadas, el modernismo no fue del todo comprendido en su compleja diversidad y que son muchos los aspectos que aún restan por estudiarse dentro del amplio contexto de la cultura finisecular. Esto lo coloca en una situación de importancia tanto para los estudios culturales latinoamericanos contemporáneos como para la historiografía literaria. Si bien, dicha revaloración ha devenido el producto acumulado de una crítica cultural latinoamerican/ist/a, con frecuencia comprometida con la labor de archivo, de rescate, de diálogo con la crítica literaria tradicional es inne-